

OMETEOTL, EL SUPREMO DIOS DUAL,  
Y TEZCATLIPOCA “DIOS PRINCIPAL”

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

A paradoja suena afirmar que *Tonantzin*, *Totahtzin*, Nuestra Madre, Nuestro Padre, el Dios dual *Ometeotl*, fue para los antiguos mexicanos el principio supremo, origen de cuanto existe, y sostener a la vez que Tezcatlipoca, el “espejo humeante”, era “el dios principal”. ¿Quiere decir esto que eran el mismo dios la suprema pareja divina —sobre cuyo ser y atributos presentaré numerosos testimonios— y Tezcatlipoca en quien muchos textos y códices reconocen atributos como los de ser *Ipalnemoani*, Dador de la vida, *Tloque Nahuaque*, “Dueño del cerca y del junto”, *Teyocoyani*, “Inventor de los hombres” y sobre todo ser “el dios principal?” (*Códice florentino*, 1979, VI, 1 r. y 5 r.).

La cuestión, de interés en sí misma por su relación estrecha con los muchos enigmas que encierra para nosotros el panteón mesoamericano, se torna además presente por obra de algunas afirmaciones debidas a Ferdinand Anders y Maarten Jansen en sus comentarios a varios códices, en especial al *Vaticano A* y al *Vindobonense*. Tratando del primero de estos, al describir los planos o niveles celestes del espacio vertical del mundo, tal como aparecen en la página 1 v. del mismo, expresan ellos lo siguiente:

Se supone que el nivel supremo no es [está] pintado explícitamente y es el que recibe el nombre de Omeyocan u Ometeotl, término que se presta a dos etimologías bien diferentes: “Lugar de la dualidad, Dios de Dos” [*sic*] y “Lugar de lo huesudo, Dios de los huesos”, respectivamente. (Anders y Jansen, 1996, 42).

Complementan luego dichos autores este comentario en una nota que dice:

Las dos palabras cruciales para la etimología son *ome*, “dos” y *omitl*, “hueso”. El *Códice Tudela* (p. 52) menciona a Humitecatl (Ometecuhtli) como dios de la muerte. Una interpretación abstracta del término como un concepto de la dualidad deificado [*sic*] se encuentra en la muy conocida obra *Filosofía náhuatl* de Miguel León-Portilla. Hasta ahora faltan

pruebas contundentes para suponer que efectivamente haya existido tal noción filosófica en el pensamiento precolonial.

(Anders y Jansen 1996, 42 m.)

Poniendo en tela de juicio que en el pensamiento, no sólo de los pueblos nahuas sino en general de los mesoamericanos, existiera la creencia en un supremo principio dual, aceptan Anders y Jaansen la posibilidad de que el más alto de los pisos celestes sea “el lugar de lo huesudo” y del “Dios de los huesos”. No tomar en cuenta, por lo visto, que es en el Mictlan, en lo más bajo de los pisos del inframundo, donde se hallaban los huesos que buscó Quetzalcóatl para restaurar a los seres humanos y que allí reside Mictlantecuhtli con Mictlancihuatl, Señor y Señora de la región de los muertos, que serían precisamente “los huesudos”. Además, tampoco parecen dar crédito estos mismos autores a los testimonios de varios códices y numerosos textos de distintas procedencias dentro de Mesoamérica, así como a lo expresado sobre el supremo principio dual por cronistas como Bernardino de Sahagún (1988, I, 396, 416), Jerónimo de Mendieta (1870, 77) y Juan de Torquemada que con afortunada expresión escribió:

Podemos decir que estos indios quisieron entender en esto haber Naturaleza Divina repartida en dos dioses [dos personas], conviene a saber Hombre y Mujer (Torquemada 1723, II, 37).

Tampoco atienden Anders y Maarten a lo que otros investigadores han expuesto y no sólo quien esto escribe, al que hacen la gracia de citar, entre ellos Alfonso Caso y Henry B. Nicholson. El primero de estos hace bastantes años había manifestado:

Hemos hablado ya de un doble principio creador, masculino y femenino, del que provienen por generación los otros dioses. Sus nombres indican esta dualidad: Ometecuhtli, que quiere decir “2 Señor” y Omecihuatl, “2 Señora” y ambos residen en Omeyocan, “el lugar 2”. También se llaman “el señor y la señora de nuestra carne o de nuestro sustento” (Caso, 1953, 19).

A su vez Nicholson notó acerca del que llama “el complejo de Ometeotl”, lo siguiente:

La concepción básica era que había un poder de sexo dualístico, primordial y generativo, personificado en una deidad, concebida como una unidad bisexual, *Ometeotl*, o más frecuentemente, como un ser

masculino, *Ometecuhtli*, *Tonacatecuhtli* [...] y a la vez femenino, *Omecihuatl*, *Tonacacihuatl* [...].

Como personificación o cabeza divina en abstracto, *ometeotl* era, en un sentido, quien recibía todas las oraciones, ofrendas y sacrificios, aunque estos se dirigían específicamente a las varias deidades más activas que participaban en el ser divino que todo lo permeaba. En la concepción de los principales pensadores religiosos todas las deidades pudieron ser consideradas como meros aspectos de ese poder divino fundamental (Nicholson, 1971, 411).

Pero si Anders y Jansen por lo visto no conceden valor a los testimonios que cité en la *Filosofía náhuatl*, ni a otros que pudieron consultar y aquí presentaré, ni a lo expresado por varios cronistas y modernos investigadores como Caso y Nicholson, lo más notable es que tampoco toman en cuenta lo que ellos mismos habían escrito al comentar la página 51 del *Códice Vindobonense*. Allí, tras afirmar que la pareja 1-Venado “eran los señores de los vientos que decidieron sobre los muertos”, expresan lo siguiente a modo de cántico o himno:

En el cielo estaban los ancianos nobles [Ndolzol],  
 los Abuelos venerados sobre los altares:  
 la Pareja Primordial.  
 Señora 1 Venado y Señor 1-Venado,  
 los gemelos primordiales.  
 Sahumaban con copal y esparcían el tabaco molido  
 [un acto de culto para purificar y dar fuerzas].  
 Eran los Señores de los Vientos  
 que decidieron sobre la muerte.  
 Eran la Madre y el Padre divinos  
 que procrearon a los siguientes seres divinos.

(Anders *et alii*, 1972, 83-84).

Como puede verse, Anders y Jansen habían admitido sin ambages que se veneraba en Mesoamérica —en este caso entre los mixtecos— a “la Pareja Primordial”, la de nombre calendárico 1-Venado, a la que luego atenderé de modo particular. De dicha pareja primordial habían sostenido, además en su comentario que eran “la Madre y el Padre divinos”, que procrearon a los otros dioses, tal como lo expresan varios de los textos nahuas que hablan de *Ometeotl*. De él, por ejemplo, se dice en un *huehuehtlahtolli*, antigua palabra: “Llegó el hombre, lo envió acá Nuestra Madre, Nuestro Padre, el del sitio de las nueve divisiones, el del *Omeyocan*” (*Códice florentino*, VI, fol. 148 v.), es decir el que se halla, en lo más alto de los niveles celestes, como lo muestra la página 1 v. del

*Códice Vaticano A*. Y también se afirma en otro texto en náhuatl que esa pareja primordial era “Madre de los dioses, Padre de los dioses”. (*Códice florentino*, VI, fol. 34 r.), tal como lo reconocen estos autores en su comentario.

Expuesto lo anterior, dejaré ya a estos dos comentaristas de tantos códices y pasaré a ocuparme de lo que enuncia el título de este trabajo. Por un lado buscaré esclarecer, más ampliamente que en la *Filosofía náhuatl*, la naturaleza y atributos de la suprema deidad que es Madre y Padre, pero abriendo la mira para abarcar no sólo lo que sabemos en el contexto de los pueblos nahuas sino, más ampliamente, en el de la civilización mesoamericana y en diversos momentos de su desarrollo desde el preclásico hasta lo que de ella sobrevive en el presente. Por otro lado, inquiriré acerca de las relaciones existentes entre dicha pareja primordial y Tezcatlipoca, el dios del Espejo humeante, éste sí del ámbito de los nahuas y probablemente del periodo posclásico, como lo ha hecho notar Guilhem Olivier (1997, 109-111).

#### *Diversas formas de acercamiento al panteón mesoamericano*

Es cierto que en los antiguos códices y textos mesoamericanos no hay lo que pudiera describirse como un tratado o exposición teológica acerca del panteón indígena. Ha sido, por tanto, sobre la base de hipótesis y diversas formas de reconstrucción como se ha intentado arrojar luz en esta materia. Así, en particular acerca de los dioses adorados en el altiplano central, algunos estudiosos han elaborado catálogos de los mismos describiendo sus principales atributos (Caso, 1953); otros los han clasificado en razón de los ámbitos en los que ejercen su acción: dioses relacionados con el fuego, con la tierra y con el mundo celeste (Brundage, 1981). Ha habido también quien, como Henry B. Nicholson (1965, 125-182), habla de conjuntos o “complejos” de deidades relacionadas entre sí: el que tiene como figura central a *Ometeotl*; el de *Xiuhtecuhtli*; el de *Tláloc*; el de *Centeotl-Xochipilli*; el de *Ometochtli*; el de *Xippe Totec*; el de *Tonatiuh*; el de *Huitzilopochtli*, y el de *Quetzalcóatl*.

Otra forma de posible acercamiento es la que toma en cuenta no sólo los atributos que confieren individualidad a un determinado dios y las relaciones del mismo con otros, sino que inquiriere además acerca de tres puntos principales. Estos son el probable origen del correspondiente dios; su presencia en Mesoamérica, bien sea restringida a una mera región o de carácter más amplio y aun universal, y asimismo su naturaleza “mutante”, es decir que adquiere rasgos o tributos de otros dioses o desarrolla de por sí manifestaciones diferentes. Para tal forma

de acercamiento se dispone de distintos testimonios: monumentos arqueológicos, códices prehispánicos y otros del temprano periodo colonial; textos en lenguas indígenas procedentes de varios lugares de Mesoamérica, transvasados en fecha temprana y en distintas circunstancias a escritura alfabética, así como lo allegado por algunos cronistas. El propósito último de esta forma de proceder es acercarse sobre una base firme a lo más sobresaliente en el pensamiento teológico de los sacerdotes y sabios mesoamericanos.

*La deidad primordial Tonantzin, Totahtzin*

Las fuentes mencionadas permiten identificar una deidad sobre la cual repetidas veces se afirma que es origen de cuanto existe en el universo, en particular los otros seres divinos. Son varios los códices en los que aparece esta idea, dos de ellos mixtecos y uno del altiplano central. Los mixtecos son el *Rollo Selden* y el *Códice Gómez de Orozco*. El del altiplano es el *Vaticano A*. Coinciden ellos en ofrecer, en sus respectivos comienzos, una imagen del espacio vertical del mundo. Allí se ven los varios pisos o estratos celestes. En el *Rollo Selden*, en el noveno y más alto, se hallan, de un lado, la figura de un dios anciano sentado sobre un equipal; del otro, una diosa, también anciana, sedente en el suelo a la manera indígena. Uno y otra ostentan el mismo nombre calendárico, 1-Venado. En medio se halla Quetzalcóatl con la máscara de Ehécatl, dios del viento. En el *Códice Gómez de Orozco*, si bien sólo quedan vestigios de las figuras antes descritas, puede decirse que son las mismas que aparecen en el *Selden*. En cuanto a Quetzalcóatl, hay en el centro de los pisos celestes una especie de abertura o camino con huellas de pies que indican que éste unas veces baja y otras sube al ejercer su acción en el mundo. Un texto del *Códice florentino* habla precisamente de la intervención de dicho dios que da cumplimiento a lo que disponen los que llama Señor y Señora de la dualidad, *Ometecuhli*, *Omecihuatl*:

Lo mereció el señor Topiltzin Quetzalcóatl,  
el que inventa, hace los seres humanos.  
Así lo determinó  
el Señor, la Señora de la dualidad.

(*Códice florentino*, 1979, VI, 120 r.).

Volviendo ahora a los dioses ancianos que en los dos códices aparecen en lo más alto de los pisos celestes, hay otros varios testimonios que

nos dicen quiénes son ellos. Uno proviene de la tradición recogida entre indígenas mixtecos por fray Gregorio García en Cuilapan, Oaxaca:

En el año y el día de la oscuridad y tinieblas, antes que hubiese días ni años [...] aparecieron visiblemente un dios que tuvo por nombre 1-Ciervo [1-Venado] y por sobrenombre Culebra de León, y una diosa muy linda y hermosa, que su nombre fue 1-Ciervo y por sobrenombre Culebra de Tigre [...]. Estando pues, estos dioses, padre y madre de todos los dioses [...]

(García, 1729, 327).

Teniendo el mismo nombre calendárico, se deja entender que son ellos una pareja íntimamente unida. De ella se añade que reside en un sitio muy alto, una peña que “en lengua de esta gente tenía por nombre lugar donde estaba el cielo”. Se afirma también que tal pareja es el origen de todos los seres divinos.

A su vez, algunos textos incluidos en los *huehuehlahtolli*, “antigua palabra” de los nahuas, coinciden con la tradición de Cuilapa:

Llegó el hombre  
y lo envió acá Nuestra madre, Nuestro padre,  
*Tonantzin, Totahtzin,*  
el Señor dual, *Ometecuhtli,*  
la Señora dual, *Omecihuatl,*  
el del sitio de las nueve divisiones,  
el del lugar de la dualidad, *Omeyocan.*

(*Códice florentino*, 1979, VI, fol. 148 v.).

Respecto de la pareja suprema, como aparece en los dos códices mixtecos, importa establecer una precisión. Es cierto que dichos códices proceden del periodo colonial, pero existe otro código también mixteco, el *Vindobonense*, de origen prehispánico, con el que coinciden en lo que toca a los atributos de la pareja divina. En la página 51 del mismo, en su extremo inferior derecho, encontramos a la pareja de nombre 1-Ciervo. Se ven allí uno frente a la otra, teniendo arriba otra pareja, hombre y mujer desnudos, y en la misma página otras 47 figuras, probablemente sus descendientes divinos. A su vez, en el *Códice Selden*, (p. 5), de tradición prehispánica, se ve una plataforma con una hacha encima que sostiene a los cielos. Allí se encuentran los que en la relación de Cuilapa se nombran Culebra de León y Culebra de Tigre, epítetos también de la suprema pareja 1-Venado.

Fijémonos en el *Códice Vaticano A*, procedente del altiplano central. Al principio del mismo se halla la imagen del espacio vertical del universo, muy semejante a la representada en los dos códice mixtecos. Hay, sin embargo, dos diferencias. En el *Vaticano A* son trece los pisos celestes, tradición que también registran varios textos nahuas. Además, en lo más alto, en vez de la pareja divina, se presenta una sola figura, acompañada del tocado propio del gobernante supremo. Una anotación dice que ese lugar es *Omeyocan*, el de la dualidad. Del dios representado añade que su nombre es *Ometeotl*, o sea una imagen unitaria del dios dual.

Atendamos ahora a varios textos nahuas que hablan acerca de esta suprema deidad. En uno de ellos se alude a la antigüedad de lo que se pensaba sobre esto:

Y sabían los toltecas  
que muchos son los cielos,  
decían que son doce divisiones superpuestas.  
Allí [sobre ellas] vive el verdadero dios  
y su compañera.  
El dios celestial se llama Señor de la dualidad  
y su compañera se llama Señora de la dualidad,  
Señora celeste.  
Quiere decir:  
sobre los doce cielos es rey, es señor.

(*Códice matritense*, 1907, VIII, fol. 175 v.).

*Vinculación con Huehuehteotl, el dios anciano,  
y la región central del mundo*

La relación de la suprema pareja con los otros dioses la expresa otro texto. En este caso se la vincula con *Huehuehteotl*, el dios anciano por excelencia, que asimismo aparece como *Xiuhteculli*, Señor del fuego, en el centro de la imagen del universo, en la primera página del *Códice Fejérváry-Mayer* de origen prehispánico:

Madre de los dioses, Padre de los dioses,  
*Teteo inan, teteo itah*,  
el Dios viejo,  
*Huehuehteotl*,  
el que está en el ombligo del fuego.

(*Códice florentino*, 1979, VI, 34 r.)

*Tonantzin, Totahtzin*, en su ser unitario, no sólo es Madre y Padre de los dioses sino que, en última instancia, es también para los humanos el origen de la vida. Así lo enfatizan varios textos de los *huehuetlahtolli*:

Señor, señor nuestro,  
la de la falda de jade, *Chalchiuhtlicue*,  
el del brillo solar de jade, *Chalchiuhtlatonac*,  
llegó el hombre  
y lo envió acá  
Nuestra madre, Nuestro padre,  
*Tonantzin, Totahtzin*,  
el Señor dual, la Señora dual,  
*Ometecuhtli, Omecihuatl*,  
el del sitio de las nueve divisiones,  
el del *Omeyocan*, lugar de la dualidad.

(*Códice florentino*, 1979, VI, 148 v.).

Las citas pueden multiplicarse. De las palabras que dirigía la partera al recién nacido proceden las siguientes:

Tú fuiste hecho  
en *Omeyocan*, lugar de la dualidad.  
Tu madre, tu padre,  
*Ometecuhtli, Omecihuatl*,  
Señor, Señor de la dualidad,  
la Señora celeste,  
te formó, te hizo.

(*Códice florentino*, 1979, II, 123 v.)

Lo que se expresa acerca de la pareja divina, tanto en sí misma, como progenitora de los otros dioses y los seres humanos, coincide con lo que se presenta en el *Códice Vindobonense*, el *Rollo Selden*, el *Gómez de Orozco* y el *Vaticano A*.

A esto puede añadirse el testimonio maya quiché del *Popol Vuh*. Allí son *Bitol, Quaholom*, La que concibe, El que engendra, llamados asimismo *Iyom, Mamon*, el Padre, la Madre con nietos. La dualidad primordial como fuente de vida aparece así en el comienzo mismo de dicho libro sagrado.

Muchos otros nombres y atributos se adjudican a la suprema pareja que en sí misma es una sola deidad. Por ejemplo, en los *Anales de Cuauhtitlán* se la relaciona con el sacerdote de Tula Quetzalcóatl:

Y se refiere, se dice  
 que Quetzalcóatl tenía por dios  
 a alguien que está en el interior del cielo,  
 a la del Faldellín de estrellas, *Citlalinicue*,  
 al que hace resplandecer las cosas, *Citlaltonac*,  
 Señora de Nuestro sustento, *Tonacacihuatl*,  
 Señor de Nuestro sustento, *Tonatecuhli*,  
 la que está vestida de negro,  
 el que está vestido de rojo,  
 la que ofrece suelo a la tierra,  
 el que la cubre de algodón.  
 Y hacia allá dirigía sus voces,  
 así se sabía,  
 hacia el lugar de la dualidad,  
 el de los nueve travesaños  
 con que consiste el cielo.

(*Anales de Cuauhtitlán*, 1995, fol. 4).

Entre los atributos del Dios Dual que menciona el sacerdote Quetzalcóatl, *Tonacacihuatl*, *Tonatecuhli*, Señor-Señora de nuestro sustento, hay uno que lo relaciona directamente con el estrato terrestre en el que viven los humanos ya que consiste en ser quien “ofrece suelo a la Tierra”. Esto mismo lo muestran otros textos y códices. Además de tener como residencia primordial al más alto de los pisos celestes, se halla también presente de forma muy principal en el centro del mundo. Expresan esto las palabras sagradas acerca de su relación con *Huehuehteotl*, el Dios viejo que, por su antigüedad, debió tenerse como otra manifestación de la suprema pareja:

Madre de los dioses, padre de los dioses,  
*Teteu inan*, *Teteu ihta*,  
 el Dios viejo, *Huehuehteotl*,  
 tendido en el ombligo de la tierra  
 en sagrado recinto de turquesas.

(*Códice florentino*, 1977, VI, 71 v.)

Justamente en la primera página del *Tonalámatl de los Pochtecas* o *Códice Fejérváry-Mayer*, de procedencia anterior a la invasión española, se contempla una imagen del universo en su aspecto horizontal. Hinchida de símbolos relacionados con los cuatro sectores del mundo, en el quinto o sea el del centro se halla *Xiuhtecuhtli*, Dios del año o del tiempo, que se identifica con *Huehuehteotl*. Más explícitamente aún,

esa forma de presencia de *Tonantzin-Totahtzin* es visible en las páginas 75-76 del *Códice de Madrid* o *Tro-Cortesiano*, maya de origen prehispánico. De forma muy semejante a la representación del universo en el *Fejérváry-Mayer*; también en el de *Madrid* se miran los cuatro sectores cósmicos y el quinto que es el centro. En éste hay un gran árbol cósmico, a los lados del cual se halla la suprema pareja divina. Aunque, por su indumentaria, parecería que se trata de dos figuras masculinas, el color del pelo y el arreglo de la que aparece a la izquierda denota claramente que se trata de un ser femenino.

Es cierto que el nombre o nombres que suelen adjudicarse a dicha pareja, plantean problemas. Thompson por ejemplo, (1970, 202-232) afirma que son *Izam-Na*, “Casa de la Iguana e *IxChel*, “la que yace”. De esta pareja se afirma además en varias fuentes que es Padre y Madre de todos los dioses y los seres humanos. Sin embargo, debe plantearse la cuestión, como en el caso de *Tezcatlipoca* entre los pueblos del Altiplano, de que Itzamná e *IxChel*, se muestran como deidades que se “desdoblan” en función de los sectores cósmicos, tal como ocurre con los “Tezcatlipocas”. ¿Significa esto que Itzamná es en sí “hijo” o ser que proviene de la pareja suprema cuyos nombres nos son desconocidos? Aceptar que el dios supremo entre los mayas fue *Hunabkú*, “Dios único”, es muy riesgoso ya que tal nombre, como el de *Icelteotl*, también “Dios único”, entre los nahuas, parecen haber sido introducidos por los frailes misioneros.

De cualquier forma, aceptando el testimonio indudable del *Códice Tro-Cortesiano* o de *Madrid*, puede afirmarse que hubo en el panteón maya yucateco la idea de la suprema pareja divina, presente en el sector central del universo. Y, si consta también que los mayas concebían el espacio cósmico horizontal integrado por trece pisos o estratos donde moraban los *Oxlahún-ti-ku*, “los trece seres divinos”, cabe pensar que precisamente, como los nahuas, mixtecos y otros, situaban también ellos a la dicha suprema pareja en el décimotercero de ellos.

Entre los binnigula’sa o zapotecos de Oaxaca también ocupó lugar principal la pareja divina o Dios dual. A él se refieren fray Pedro de Córdoba en su *Arte de la lengua zapoteca* (1595) y fray Gonzalo de Basalobre en su *Relación auténtica de las idolatrías, vanas supersticiones y vanas observaciones de los indios del obispado de Oaxaca* (1892). El primero habla de Pitao Cozaana, “El engendrador”, designación que se aplica también a una diosa, la que concibe y “es madre de todas las criaturas”. Otros varios nombres aluden al mismo Dios dual supremo, por ejemplo, *Leta aquichino* que, según el mismo Córdoba, significa *Dios Trece*, o el del decimotercer estrato celeste.

*Antigüedad y perduración de las ideas acerca del Dios dual*

Indicio de la antigüedad que tuvo en Mesoamérica esta creencia, desde el periodo preclásico, anterior a la era cristiana, la tenemos en el bajorrelieve de la estela 5 de Izapa, en Chiapas. Allí, como en el *Código de Madrid*, se ve un gran árbol cósmico con una deidad masculina y otra femenina a cada lado. El árbol hunde sus raíces en las aguas inmensas que circundan al mundo y arriba alcanza los estratos celestes. Dos inmensas serpientes enmarcan ese escenario en que hay seres humanos que, bajo la mirada de la suprema pareja, realizan sus varias ocupaciones. Este hermoso bajorrelieve da testimonio de que el pensamiento acerca de la suprema dualidad divina tenía al tiempo de la invasión española más de un milenio y medio de antigüedad.

En lo que toca a la difusión de esta concepción acerca del dios dual puede recordarse lo expresado por algunos sacerdotes nicaraos cuando fueron preguntados en 1528 sobre sus creencias por el mercedario fray Francisco de Bobadilla. Al hablar de *Quiateot*, dios de la lluvia, dijeron que:

tenía padre e madre, y el padre se llama *Omeyateite* e la madre *Omeyatecihual*, y éstos están al cabo del mundo.

(Fernández de Oviedo, 1945, XI, 182).

En resumen, puede afirmarse que para los mesoamericanos --según los testimonios de códices, textos y bajorrelieves-- existe una suprema divinidad dual, *Tonatzin*, *Totahtzin*, Nuestra madre, Nuestro padre, *Ometeotl*, el Dios dual, que reside en *Omeyocan*, en lo más alto de los estratos celestes y también en el centro del universo. A *Ometeotl* se debe el origen de todos los otros dioses y asimismo de los seres humanos.

Esta tan antigua y difundida manera de concebir a la divinidad perdura hasta hoy en muchos lugares de Mesoamérica. Por ejemplo, Ángel María Garibay K. la encontró entre los otomíes de la región de Huixquilucan, en el Estado de México (Garibay, 1957, 207-209). Allí se mantiene la creencia en la pareja divina *Makatá* y *Makamé*, el gran Dios padre, la gran Diosa madre. El primero se vincula actualmente con la cruz y Jesucristo. La segunda, con la Virgen María, en su advocación de Guadalupe. Los etnólogos mayistas han registrado parecidas creencias entre diversos grupos que tienen como objeto supremo de adoración a Nuestro Padre Jesús y Nuestra Madre, la Virgen María. Entre los nahuas

contemporáneos de varios lugares de Veracruz y Puebla, se pronuncian oraciones como esta dirigida a la Tierra antes de sembrar el maíz:

Tú, que eres la Tierra,  
eres padre, *Titatah*;  
Tú que eres la Tierra,  
eres madre *Tinanah*.  
Con copal divino,  
con fiesta divina,  
aquí te hablaré, te llamaré,  
te daré copal divino,  
luz divina.  
Verás el agua de Siete-Flor,  
aquí tú,  
que eres el Gran Padre, *Hueyi titatah*,  
que eres la Gran Madre, *Hueyi tinanah*.

(Reyes, 1989, 60).

Más aún, me atreveré a decir que en el México contemporáneo y no sólo entre los grupos indígenas sino en buena parte de la población, la arraigada concepción mesoamericana de la divinidad suprema como un ser dual y uno a la vez, ha dado base a una cierta forma de interpretación respecto del Dios adorado por los cristianos. Doctrina teológica en el cristianismo es que Dios es trino y uno: tres personas y un sólo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Tal doctrina, explicitada en varios concilios ecuménicos en los primeros siglos de la era cristiana, se complementó con lo definido en el Concilio de Efeso en relación con la Virgen María. Esta fue declarada *theotokos*, “la que ha parido a Dios” (Madre de Dios), en contra de quienes querían se la reconociera únicamente como madre de Jesús, es decir del Hijo de Dios en cuanto hombre.

Una encuesta realizada en México, corroborada por la devoción popular manifiesta en las imágenes más veneradas y en las celebraciones más concurridas, muestra que Nuestra Madre (la Virgen de Guadalupe) y Nuestro Padre (Jesús en alguna de sus varias advocaciones: el Señor de Chalma, el Crucificado, el Santo Niño...) integran una suprema presencia divina, universalmente adorada. Así como el pensamiento helenístico concibió a Jesús como el *logos* divino, idea completamente ajena al judaísmo, y también se equiparó luego de varias formas a la Virgen María con la *Dea mater*, creencia derivada de la religiosidad de los pueblos mediterráneos, en Mesoamérica y en la religiosidad popular del México contemporáneo la concepción dual de Nuestra Madre, Nuestro Padre ha alcanzado considerable vigencia.

Confirmación de esto la ofrecen las respuestas que suelen darse a quiénes preguntan acerca de las otras personas de la Trinidad. Del Padre, como aparece pintado en muchas iglesias, se dice con frecuencia que ese anciano es el Señor San José. De la paloma, que representa al Espíritu Santo, se expresa que “es la paloma de la paz”.

Si hiciera falta un descargo, que en realidad no se requiere, en favor de la aceptación de concebir por influencia mesoamericana al Dios supremo como Nuestra Madre, Nuestro Padre —y en plena ortodoxia, a la Virgen María como la que parió a Dios— puede encontrarse el mismo nada menos que en la mística inglesa del siglo XIV, Julian of Norwich que vio en la esencia de Dios a la maternidad como fuente última de la vida (Walsh, 1978).

Volvamos ahora al pensamiento indígena, según lo podemos vislumbrar a través de monumentos, códices y textos transvasados al alfabeto a raíz de la Conquista. La intención es urgir en las relaciones de la suprema pareja divina con los otros dioses. De modo especial hemos de fijarnos en aquellos que, por sus atributos y actuaciones, ocupan lugares preferenciales en el panteón mesoamericano.

#### *Tezcatlipoca y Quetzalcóatl*

Estos dioses, muy distintos entre sí, estuvieron de muchas formas relacionados en el pensamiento de los pueblos nahuas. Por su parte, Quetzalcóatl, al igual que Tláloc, dios de la lluvia y Chalchiuhtlicue, su compañera, así como *Huehuetheotl*, el dios anciano identificado muchas veces con *Xiuhtecutli*, el Señor del fuego y del tiempo, son deidades con muy antigua presencia en la región del altiplano, en Oaxaca, en la zona del Golfo y en el mundo maya. Conocemos incluso sus nombres en esos diversos ámbitos geográficos y también sus efigies visibles en monumentos, vasijas y códices. En cambio, Tezcatlipoca no parece haber tenido una semejante presencia en distintos lugares y épocas de Mesoamérica.

Aunque algunos han postulado su posible identificación con el llamado dios K en el ámbito maya clásico, y en Teotihuacan en relación con una máscara con bandas transversales, tallada en piedra, los indicios existentes no permiten afirmar que fuera conocido y venerado allí. Hay, en cambio, otros hallazgos arqueológicos realizados en varios lugares del norte de México que han sido considerados como posible vestigio de su presencia en el culto religioso de sus pobladores durante el periodo postclásico (Olivier, 1997, 109-111). A esto podrían sumarse testimonios como los de Cristóbal del Castillo y los recogidos por Chimalpain que

hablan de un dios portentoso, Tetzahuitl, a quien se atribuye la liberación del que será el pueblo escogido por Huitzilopochtli, los mexicas. Tetzahuitl era ya, según esto, una advocación de Tezcatlipoca, el cual, al morir el sacerdote guía de los mexicas, Huitzitzilin, se compenetró en sus restos hasta transformarse en Huitzilopochtli. Este vino a ser así la versión mexica del dios portentoso.

Atendiendo ahora a los orígenes míticos de Tezcatlipoca, encontramos que estos guardan relación con los de Quetzalcóatl, de acuerdo al menos con un testimonio de considerable importancia.

Refiriéndose en particular a Quetzalcóatl y Tezcatlipoca declara el muy antiguo manuscrito de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*:

Tenían un dios a que decían *Tonacatecli* [*Tonacatecuhli*], el cual tuvo por mujer a *Tonacaciguatl*, [*Tonacacihuatl*] [...], los cuales se criaron y estuvieron siempre en el treceno cielo, de cuyo principio no se supo jamás sino de su entrada y criación que fue en el treceno cielo. Este dios y diosa engendraron cuatro hijos, al mayor lo llamaron *Tlacaugle Tezcatlipoca* (*Tlatlahqui*), este nació todo colorado; tuvieron el segundo hijo, al cual dijeron *Yayauhqui Tezcatlipoca*, el cual fue el mayor y peor y el que más mandó porque nació en medio de todos; éste nació negro. Al tercero lo llamaron Quizacóatl y por otro nombre *Yagualiecatl* [*Yahualli, Ehecatl*, Noche, Viento]. Al cuarto y más pequeño llamaron Omiltecitl y por otro nombre *Maquezcoatl* [Maquizcoatl, Serpiente de joyeles] y los mexicanos le decían Uchilobi [Huitzilopochtli].

Y porque era más dios de la guerra que no los otros dioses; y de estos cuarto hijos de Tonacatecli y Tonacaciguatl, el Tezcatlipoca era el que sabía todos los pensamientos y estaba en todo lugar y conocía los corazones y por esto lo llamaban *Moyocoya*, que quiere decir que es todopoderoso. (*Historia de los mexicanos por sus pinturas* 1965, 23-24).

En el mismo manuscrito y en otros varios se describen también algunas de las principales actuaciones en que Tezcatlipoca y Quetzalcóatl se vieron envueltos. Y algo parecido se puede decir respecto de buen número de códices y aun de algunos monumentos y objetos arqueológicos en los que también estén ellos representados. En la ya citada *Historia de los mexicanos por sus pinturas* se narra, por ejemplo, cómo presidieron y se enfrentaron Quetzalcóatl y Tezcatlipoca en forma sucesivas en las edades conocidas como soles cosmogónicos. Fue Tezcatlipoca quien primeramente, como dice el texto, “por ser dios, se hizo sol”. Tras dar origen allí a hombres gigantescos, sucedió que por obra de Quetzalcóatl que derribó a Tezcatlipoca, transformado este en tigre, dio muerte a los gigantes. La *Historia*, añade que “esto parece ser en el

cielo porque dicen que la *Ursa maior* se abaja al agua, porque es Tezcatlipoca y está allí memoria de él”.

La rivalidad fue causa de nuevo enfrentamiento. Esta vez Tezcatlipoca derribó a Quetzalcóatl. El dios escogido para convertirse en Sol, Tláloc, Señor de la lluvia, tras un diluvio de fuego, entregó el Sol a quien era su compañera, la diosa Chalchiuhtlicue, la de la falda de jade. Esta ejerció su predominio pero, como había sucedido a Tláloc, hubo de dejarlo tras una fuerte lluvia de agua con que se vinieron abajo los cielos y dejó de haber seres humanos en el mundo.

De nuevo Tezcatlipoca y Quetzalcóatl entran entonces en escena. Convertidos en dos grandes árboles, alcanzaron el cielo y las estrellas, hasta llegar a lo más alto donde se halla el supremo dios dual nombrado también Tonacatecutli. Muchas otras cosas emprendieron entonces los dos hijos principales de Nuestra Madre, *Tonantzin*, y Nuestro Padre, *Totahtzin*. Según varios relatos, el Sol y la Luna volvieron a existir en Teotihuacan. Y también sucedió en ese tiempo primordial que los mismos, Tezcatlipoca y Quetzalcóatl, juntos llevaron a cabo la restauración de la Tierra. Para ello hicieron descender de lo alto a un ser monstruoso con muchos ojos, garras y bocas en todo su cuerpo. Transformados ambos dioses en otras tantas enormes serpientes, apretaron con gran fuerza el cuerpo de ese ser monstruoso hasta que quedó partido en dos. Una mitad fue colocada en el cielo y la otra, convertida en la Tierra, quedó flotando en las aguas inmensas que la circundan (*Histoire du Mechique*, 1965, 108).

Pero en los relatos que se conservan en náhuatl y otras lenguas, también son frecuentes las confrontaciones entre Tezcatlipoca y Quetzalcóatl. Además de aquellas que ocurrieron antes en las varias edades cósmicas, los textos hablan de otras en que Quetzalcóatl aparece como sacerdote supremo de los toltecas en la metrópoli de Tula. Allí se presentó Tezcatlipoca acompañado de dos hechiceros. Su propósito era inducir a Quetzalcóatl a quebrantar las normas de vida que él se había impuesto. Tezcatlipoca tuvo éxito en su actuación. Logró que Quetzalcóatl se embriagara y cohabitara con Quetzalpetatl que, según algunos relatos, era hermana suya dedicada a una vida de abstinencia y castidad. (*Anales de Cuauhtitlán* 1995, 8-11).

Gran quebrantamiento fue este del sacerdote Quetzalcóatl, del que se dice que era fiel seguidor del dios del mismo nombre, y que había tratado de suprimir los sacrificios humanos y a la vez había engrandecido a la metrópoli de Tula. Al romper sus normas de vida, inducido a ello por Tezcatlipoca, hubo de abandonar su ciudad y su pueblo. Marchando hacia el oriente, de algún modo fue al reencuentro con su doble ser humano y divino. Según un antiguo relato, cerca ya del mar, el

sacerdote Quetzalcóatl hizo una hoguera y, tras arrojarse en ella, se transformó en el lucero del alba, la Estrella grande, portadora de múltiples significaciones en Mesoamérica. Versión distinta es la que describe cómo, llegado a la orilla del océano, hizo una balsa de serpientes en la que luego se embarcó con rumbo a *Tillan*, *Tlapallan*, la Tierra del color negro y rojo, lugar del saber. Como lo dejó dicho el señor Quetzalcóatl, de allí un día habría él de regresar.

Quetzalcóatl, a diferencia de Tezcatlipoca, aparece en ese y otros contextos como un hombre-dios. Sus actuaciones son múltiples y variadas. Entre otras cosas, los *pipiltin* o gente de linaje, reconocían en él al fundador de las dinastías de todos los gobernantes en los diversos reinos y señoríos de Mesoamérica. De ello hablan no sólo los textos en náhuatl sino también otros de procedencias maya, quiché y mixteca. En todos ellos se afirma que Quetzalcóatl era quien entregaba las insignias del mando a quienes iban a ejercer el gobierno. Atributo de este hombre-dios es también trascender al tiempo, ya que aparece actuando en momentos y lugares muy distintos entre sí a través de los siglos.

Es cierto que son muy numerosas las acciones de Quetzalcóatl que pueden tenerse como estrechamente relacionadas con el universo de las realidades divinas, como la restauración de los soles cosmogónicos y de los seres humanos formados con los huesos de generaciones antiguas. Sin embargo, cuanto se atribuye a Tezcatlipoca posee un carácter más metafísico y trascendental. Bastaría con recordar los títulos que se le adjudican: dios principal, Dueño del cerca y del junto, Dador de la vida, inventor de los seres humanos, Noche, Viento, Dueño de los estratos celestes, de cuanto hay en la tierra y en la región de los muertos.

Según esto, parecería que el Dios dual, Nuestro Padre, Nuestra Madre, y asimismo de todos los dioses, había determinado obrar en el mundo principalmente por medio de Tezcatlipoca. Este, como muchos otros dioses del panteón náhuatl, tenía asimismo un ser dual. Recordemos los casos de Tláloc, dios de la lluvia y Chalchiuhtlicue, dios de las aguas terrestres; Mictlantecuhtli y Mictlancihuatl, Señor y Señora de la región de los muertos; Tlaltecuhli, Señor y Señora de la Tierra, Cinteotl, dios y diosa del maíz. Respecto de Tezcatlipoca, su dualidad se manifiesta en ser Tlatlahuqui y Xoxouhqui, el Negro y el Azul verdoso y también en su título de Tezcatlanextia, el Espejo que hace visibles o torna brillantes las cosas.

En razón de sus múltiples atributos, todos de primordial importancia, enunciados por los títulos que hemos recordado, cabe plantearse una pregunta que tal vez suene a extrapolación cultural. ¿Podría decirse de él que fue en el ámbito náhuatl una especie de demiurgo, entendido este según lo describió Platón en el diálogo del Timeo? Allí

afirma del demiurgo que es *poietes kai pater*, hacedor y padre del mundo (Timeo, 28). También dice de él que obra a partir de una realidad informe e introduce orden en ella. En su relación con los seres humanos, si bien no es él quien rescata los huesos de los antepasados, es el que realmente “inventa a los hombres, confiriéndoles su *pneuma* e inteligencia, así como haciéndoles conocer “las leyes del destino”. Ciertamente que estos y otros atributos del *demiurgo* recuerdan algo de lo que varios textos nahuas adjudican al portentoso señor del Espejo humeante.

Siendo él hijo de Tonantzin, Nuestra Madre, y Totahtzin, Nuestro Padre, es por excelencia “hijo de Dios”. Imposible es hoy elucidar si cuando los frailes aplicaron a Jesús este atributo clave, así como los de *Ipalnemoani*, Dador de la vida, *Tloque Nahuaque*, Dueño del cerca y del junto, *Teyocoyani*, inventor de los seres humanos y otros ya mencionados, no sólo en las transcripciones de las oraciones dirigidas a él, sino también en textos como el de los *Coloquios*, la *Psalmódia cristiana*, el *Nican mopohua* y en varios sermonarios y otros escritos religiosos cristianos, lo hicieron pensando en un Dios supremo, el de su propia religión, o en *Totahtzin*, Nuestro Padre, o lo que puede parecer una locura, en el tenido por Bernardino de Sahagún como “principal de los dioses”, Tezcatlipoca. Lo que sí podría aceptarse como verosímil es que, para los *tlamatinime*, sabios y *teopixque*, sacerdotes sobrevivientes, ver que todos esos atributos se aplicaban a un ser divino del cristianismo, Jesús, éste pudo parecerles equiparable con el que ellos conocían de antiguo como Tetzahuitl, el portentoso.

#### *Una consideración final*

Lo hasta aquí expuesto acerca de *Tonantzin*, *Totahtzin*, Nuestra Madre, Nuestro Padre, y estos dos hijos principales suyos, Tezcatlipoca y Quetzalcóatl, estando sustentado en numerosos testimonios de la antigua tradición indígena, es sólo un señalamiento a la complejidad del pensamiento religioso mesoamericano. Confirma ello asimismo que el concepto de la dualidad divina tuvo raíces muy profundas en el tiempo, así como una difusión muy amplia en el espacio. Lo expuesto deja también entrever algo de lo que fue el complejo proceso desarrollado por los frailes para referirse, acudiendo a conceptos indígenas, a aquello que en el cristianismo es suma de misterios en el ser íntimo de Dios.

La persistencia de algunas de las ideas y creencias aquí esbozadas, en lo que concierne a la religiosidad del mundo indígena y no indígena en el México contemporáneo, es también asunto que merece atención. Lo que para muchos puede tenerse como indicio de un burdo

sincretismo pagano-cristiano, para otros puede ser una forma distinta de reinterpretar creencias claves en el cristianismo. Me refiero a adorar a Dios como Nuestra Madre y Nuestro Padre Jesús; ver asimismo en la primera a la Madre de Dios y en el segundo precisamente a su hijo, todo esto en términos de una concepción dualística y trinitaria a la vez.

La temática queda abierta, obviamente, a más hondas y amplias pesquisas y también a no pocas y nuevas formas de preguntas y cuestionamientos.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anales de Cuauhtitlan*, en *Códice Chimalpopoca*, edición fototípica y traducción de Primo F. Velázquez, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México
- 1995
- ANDERS, Ferdinand, Maarten Jansen y Luis Reyes García
- 1992 *Origen e historia de los reyes mixtecos. Libro explicativo del llamado Códice Vindobonensis*, Fondo de Cultura Económica, México.
- , *Religión, costumbres e historia de los antiguos mexicanos*.
- 1996 *Libro explicativo del llamado Códice Vaticano A*, Fondo de Cultura Económica, México.
- BASALOBRE, fray Gonzalo
- 1892 *Relación auténtica de las idolatrías, vanas supersticiones y varias observaciones de los indios del obispado de Oaxaca*, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, México.
- BRUNDAGE, Burr C.
- 1981 *The Phoenix of the West. Quetzalcoatl and the Sky Religion*. Oklahoma University Press, Norman.
- CASO, Alfonso
- 1953 *El pueblo del Sol*, Fondo de Cultura Económica, México.
- 1968 *Códice de Madrid o Tro-Cortesiano*, introducción de Ferdinand Anders, Akademische Druck- und Verlagsanstalt, Graz.
- Códice Fejérváry Mayer*. Véase *Tonalámatl de los pochtecas*.
- Códice florentino*, edición facsimilar por el Archivo General de la Nación, 1979 3 v., México.
- Códice Gómez de Orozco*, interpretación de Alfonso Caso, 1954 Talleres de Estampillas y Valores, México.
- Códice Matritense de la Real Academia de la Historia*
- 1907 (textos en náhuatl de los informantes de Sahagún), edición

- facsimilar de Francisco del Paso y Troncoso, fototipia de Hauser y Menet, Madrid.
- Códice Selden 3135*, interpretación de Alfonso Caso, Sociedad Mexicana de Antropología, México.  
1964
- Códice Tudela*, edición facsimilar, con comentarios de  
1980 Wigberto Jiménez Moreno y José Tudela de la Orden, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid.
- Códice Vaticano A*, comentario de Ferdinand Anders, Akademische Druck- und Verlagsanstalt, Graz.  
1979
- Códice Vindobonensis Mexicanus I*, edición de Ferdinand  
1992 Anders, Maarten Jansen y Gabina Autira Pérez Jiménez, Fondo de Cultura Económica, México.
- Florentine Codex. General History of the Things of New Spain*,  
1950- 12 v. de fray Bernardino de Sahagún, traducido del náhuatl al  
1983 inglés con notas e ilustraciones por Arthur J. O. Anderson y Charles Dibble. The School of American Research and the University of Utah, Santa Fe, New Mexico.
- CÓRDOBA, Pedro de  
1595 *Arte de la lengua zapoteca*, en casa de Pedro Balli, México.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo  
1945 *Historia general y natural de las Indias*, 14 v., Editorial Guaranía, Asunción del Paraguay.
- GARCÍA, Gregorio  
1981 *El origen del los indios del Nuevo Mundo*, edición facsimilar de la de 1607. Estudio preliminar de Franklin Pease, Fondo de Cultura Económica, México.
- GARIBAY, Ángel María  
1957 *Supervivencias de cultura intelectual precolombina entre los otomíes de Huizquilucan*. Ediciones especiales, 33, Instituto Indigenista Interamericano, México.
- 1985 "Historia de los mexicanos por sus pinturas", en *Literaturas indígenas*, editado por Miguel León-Portilla, Promexa, México.
- 1905 "Hystoire du Mechique, manuscrit française inédit du XVIe siecle", Edition de É. Jonghe. In *Journal de la Société des Américanistes* de Paris.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel  
1997 *Filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, octava edición, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México.

- MENDIETA, fray Gerónimo de  
 1870 *Historia eclesiástica indiana*, edición de Joaquín García Icazbalceta, México.
- NICHOLSON, Henry B.  
 1971 "Religion in pre-Hispanic Mexico", *Handbook of Middle American Indians*, Austin, University of Texas Press, 1971, v. 10, 395-446.  
 1976 "Ehecatl Quetzalcoatl versus Topiltzin Quetzalcoatl of Tollan: A problem in Mesoamerican Religion and History" dans actes du 42ème *Congres International des Americanistes*, Paris.
- OLIVIER, Guilhem  
 1997 *Moqueries et metamorphoses d'un dieu azteque. Tezcatlipoca, le Seigneur au mirior fumant*, Institut d'Ethnologie, Paris.
- QUIÑONES KEBER, Eloise  
 1997 "Tonacatechtlí y Tonacacihuatl: trascendencia y Tonalli en el Tonalamatl", *Códices y documentos sobre México. Segundo Simposio*, 2 v., Consejo Nacional para la Cultura y las Artes e Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, II, 231-242.
- REYES GARCÍA, Luis, Dieter Christensen  
 1986 *Historia General de las cosas de Nueva España*, 2 v., edición preparada por Alfredo López Austin y Josefina García Quintana, con paleografía del texto en español del *Códice florentino*, Alianza Editorial, Conaculta, México.
- SELDEN ROLL, introducción de C. A. Burland  
 1955 *Monumenta Americana, von der Iberoamericanischen Bibliothek*, Berlin.
- SELER, Eduard  
 1923 "Das Weltbild der alten Mexikaner", *Gesamelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Altertumskunde*, Verlag Behrend und Co., IV, 3-38.
- Tonalámatl de los pochtecas (Códice Fejérváry Mayer)*, edición y comentario de  
 1985 Miguel León-Portilla, Celanese Mexicana, México.
- TORQUEMADA, fray Juan de  
 1975- *Monarquía Indiana. De los Veinte y Un Libros Rituales y monarquía Indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento y conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra*. Edición del Seminario para el Estudio de Fuentes de tradición indígena, coordinado por Miguel León-Portilla, 7 v., UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México.
- WALSH S. J., James, editor,  
 1978 *Julian of Norwich Showings*, Paulist Press, New York.